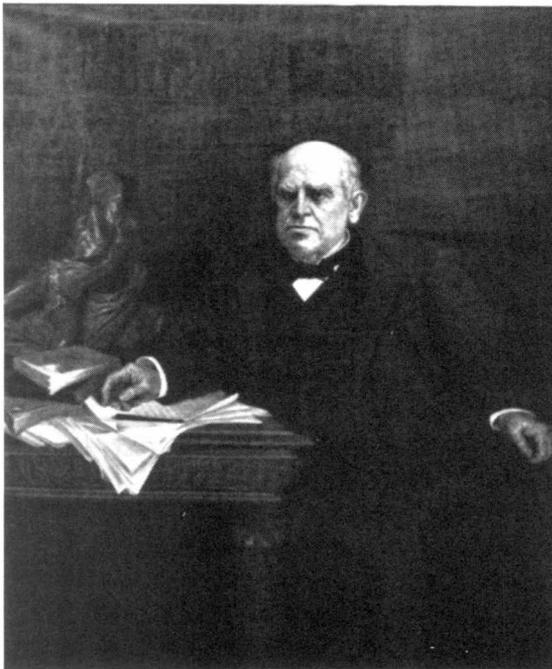


DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO



1810 - 1888

La vida y obra de Sarmiento, así como su personalidad, escapan a la clasificación y el encasillamiento factibles para la generalidad de los hombres.

¿Qué fue Sarmiento? ¿Periodista, escritor, educador, naturalista, político, diplomático, civilizador, militar, orador, estadista, sociólogo, parlamentario, gobernante? Según el escritor Eduardo Mallea “Sarmiento fue el hombre más indivisible del mundo. No se puede aislar en él nada. Todos los elementos de su organismo moral se ajustan armónicamente... y sólo los podemos aislar para estudiarlos, como hace el biólogo con la partícula de citoplasma.”

Escribir sobre una vida tan intensa, prolongada a lo largo de casi ochenta años y coronada con obras ininterrumpidas, demandaría un trabajo titánico y un número extraordinario de páginas. Sarmiento nos ha eximido de esta tarea ya que, en los últimos años de su vida escribió su *Autobiografía*, condensada en unas pocas palabras, aunque monumental por su forma y contenido.

Y si es difícil describir su vida, más aún, quizás, hacer un retrato fiel del hombre, caracterizado por tan diferentes personalidades: clarividente, orgulloso, contradictorio, ególatra, vehemente, impaciente, autoritario, iluminado, volcánico, tierno, apasionado, con destellos geniales, soberbio.

Para ilustrar sobre este aspecto de Sarmiento –el Hombre–, incluimos dos notas brillantes de escritores argentinos: una de Leopoldo Lugones y la segunda de Ernesto Quesada, ambos singulares figuras de nuestra cultura.

Autobiografía

José Ignacio García Hamilton, en su libro *Cuyano alborotador*, narra lo siguiente: *Concluida su presidencia, Sarmiento fue a pasar el verano en su casa del Delta. Una amiga que lo visitaba le pidió que le anotara en su álbum algunas líneas sobre su vida. El cuyano garrapateó lo siguiente.*

Partiendo de la falda de los Andes nevados, he recorrido la tierra y remontado todas las pequeñas eminencias de mi patria.

No se describiría con menos frases vida más larga. He vivido en todas partes de la vida íntima de mis huéspedes y no como viajero. Dejo tras de mí un rastro duradero en la educación y columnas miliares en los edificios de escuelas que marcarán en América la ruta que seguí.

Hice la guerra a la barbarie y a los caudillos en nombre de ideas sanas y razonables y, llamado a ejecutar mi programa, si bien todas las promesas no fueron cumplidas, avancé sobre todo lo conocido aquí en esta parte de América.

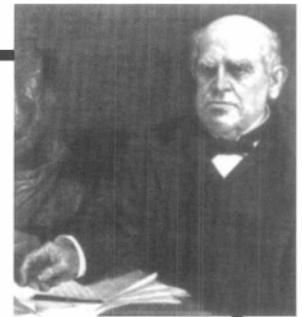
He labrado, pues, como las orugas mi tosco capullo y, sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan.

Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía, de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra, y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, del que yo gocé sólo a hurtadillas.

D. F. Sarmiento

Sobre esta página, Pedro Henríquez Ureña dice: *Poco antes de su muerte, Sarmiento resumió su autobiografía en pocas palabras, apropiada conclusión de semejante vida.*

(De *Plenitud de España*.)



Del discurso... la figura histórica del gran argentino Domingo Faustino Sarmiento, pronunciado por Ernesto Quesada en 1911, al conmemorarse en la Universidad de Buenos Aires el centenario del nacimiento del prócer.

Sarmiento no es un hombre normal, sino un verdadero elemento de la naturaleza, como el aire, el fuego, el agua, que tienen labor irresistible a despecho de todo, realizando una tarea magna a través de cataclismos y desolaciones y con tesón que expugna los reparos, en obediencia a una ley superior y eterna...

Sí, Sarmiento examinado con el cartabón del tipo medio de la personalidad humana, resulta un verdadero anormal, lleno de deficiencias y extravagancias, de pasiones y contradicciones, de una egolatría estupenda, de una preparación desordenada, tan incompleta y relativa como era absoluta y completa su creencia de que nada se le escapaba y de que todo lo sabía.

Nada faltó a su singularísima individualidad, ni siquiera la prueba de su fatídica enajenación mental, que se despeñó sobre él más fuerte que rayo, cuando era minero de Copiapó y de la cual la ciencia y su robusta complexión de arriero sanjuanino lo salvaron con tal éxito, que –como el gran filósofo positivista Comte– salió del durísimo trance con una inteligencia cuyas facetas deslumbrantes resultaron soberbiamente talladas por el polvo diamantino de la eterna hermana gemela del genio y única capaz de limarlo: de ahí que su mentalidad se matizara con su diversidad de finos y hermosos colores, tornándose más clarividente, más vibrante aún de lo que otrora fuera; y la imperceptible cicatriz cerebral –que es el patrimonio exclusivo de los mortales genios que han tenido el raro privilegio de conocer los dominios fantásticos de la locura– sólo se revelaba en él como fascinadora convicción de tener siempre de su parte a la razón y, por ende, el triunfo final.

De ahí también, la gallardía innegable de su acción y la total ausencia de la menor duda o vacilación sobre la bondad del fin que se proponía alcanzar o el acierto de los medios que para ello empleaba; y eso sólo era ya la casi seguridad de la victoria.

EL HOMBRE

La naturaleza hizo en grande a Sarmiento. Dotó de fuerza membruda, desbordada con abundancia animal, su espíritu, como para que la robustez del leño exaltara la viveza de la brasa. Y aquella energía estuvo siempre despierta como el fuego. Al igual de este elemento, su condición de vivir fue que estuviera siempre despierta.

Estas líneas evocan naturalmente la fisonomía definitiva con que el pueblo lo ha incorporado a la inmortalidad, bajo la denominación familiar que registra un abolengo ilustre: *el viejo Sarmiento*. Fue, efectivamente, el gran viejo de la patria, orgullosa de ella y regañón como ante una nubilidad demasiado ardiente.

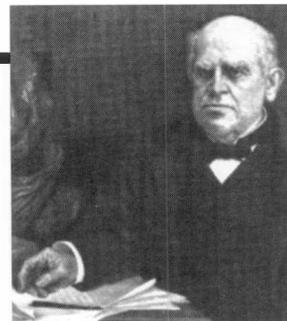
Nadie lo recuerda ya sino bajo aquel aspecto de peñasco rugoso en que habíanle anticipado carne de estatua con una especie de saña genial, los azares de su vida violenta.

Formaba parte de su entidad aquella fisonomía de combate cuya fealdad de bronce pronunciaba la tenacidad de un tipo: dijérasela su máscara guerrera remachada a martillazos de dolor y atormentada por la escultura de la cólera. Sarmiento, sereno, es imponente. El reposo de su bloque de batallador aviva el perfil severo. La categórica seguridad que forma su estática, así como el aplomo de la cornamenta, recela una latente violencia de agresión. Una vivacidad curiosa y múltiple lo electriza, trayéndole instantáneamente las ideas a flor de piel, como el redopelo de un espinazo felino. Tiene mucho de numen elemental de la tierra, especie de cabir en su antiguo socavón minero; algo de monje fogoso y de viejo almirante sajón; no poco de labriego, rudo como la gleba familiar y nudoso como las cepas tutoras a las cuales vinculábase de nombre y de calidad. Y así nos queda su catadura de transeúnte formidable, caminando a paso macizo las aceras, aquí y allá lanzada la malicia brusca del ojo que nada pierde; su mandíbula removiendo a través el bello, con un gesto peculiar que trocaba la maúlla senil en característica ac-

ción de befar el freno; recios los brazos de cavador que el bastón prolonga con vivacidad táctil o con autoritarias interpelaciones a redoble de contera; peculiar la gruesa oreja sorda bajo la galera prócer o el hongo de paja; anchamente encuadrada en el saco vulgar o la levita suntuosa su agachada solidez de toro lento; y la espalda potente, como apuntando una mole habitual, cargada hacia el cerviz en una ímproba acumulación de lomo.

Por lo demás, es el suyo, con harta frecuencia, ese papel de telamón en la amenazada arquitectura constitucional; así como en su fisonomía, los aspectos señalados designan el hombre múltiple: construir premioso hasta ser desequilibrado; obrero utilísimo, arrebatado por flamantes alas de fiebre más allá de su propio afán; combatiente y director de naves aventadas de trapo hasta la quimera; apóstol con frecuencia inspirado hasta la adivinación. Su faz glabra, desordenada por aquel violento equilibrio de energías, parece haberse desafachado en la desnudez para manifestarlo con mayor audacia. Pues la línea preponderante de su tipo, declara con fiereza la lealtad. Sabe que todo han de sacarle al rostro, menos vergüenza o miedo. Y las distintas personalidades que lleva en sí, animan con sorprendentes alteraciones aquella como marítima superficie de su espíritu. Nada más militar, más magistrado, más misionero, más orador, más abuelo, según los casos, pues claro es que la sencillez fundamental de toda grandeza, llevábale a complacerse en ser buen viejo para compensarse, a haber sido anciano sublime. Por aquellas arrugas terribles, despeñaba con frecuencia su risa abundante, de formidable salud optimista, o despatarraba como un alacrán la mueca de su malicia provinciana. Esas diferentes personalidades no caracterizaron tan sólo su fisonomía. Su instintiva felicidad de desdoblamiento, que luego definiré como saliente peculiaridad, provenía también de allí.

Leopoldo Lugones (*Historia de Sarmiento*)



ADHESIÓN

Tintorería Hinomoto

Avda. 44 esq. 8, Tel.: (021) 21-4744, 1900 La Plata